

Idades e género na literatura e na arte da Grécia antiga. Serie Humanitas Supplementum 34

Ana Iriarte; Luisa de Nazaré Ferreira (coords.) (2015). *Idades e género na literatura e na arte da Grécia antiga. Serie Humanitas Supplementum 34*. Coimbra y San Pablo, Imprensa da Universidade de Coimbra / Annablume. Disponible online <<https://digitalis.uc.pt/es/content/livro?id=36605>>. 212 pp. ISBN 978-989-26-1016-0



Patricia Liria D'Andrea

Universidad de Buenos Aires
patricia.l.dandrea@gmail.com

Este volumen colectivo ha sido coordinado por las investigadoras Ana Iriarte, Doctora por la EHESS de París y catedrática de Historia antigua en la Universidad del País Vasco, y Luísa de Nazaré Ferreira, Doctora y Profesora de Literatura griega en la Universidad de Coimbra. Presenta siete trabajos acerca de cuestiones relativas a la edad y al género en la antigua Grecia, en particular aunque no exclusivamente en aquellas franjas etarias y genéricas que se encuentran en los márgenes de la ciudadanía: niños, ancianos, doncellas. El tema de la prostitución masculina es también parte de estas consideraciones.

El primer trabajo se titula “Semblanzas de semi-ciudadanías griegas. Sobre críos, ancianos y féminas”, por Ana Iriarte. Partiendo de la imprecisión de Aristóteles al definir “ciudadanía plena” (ἀπλῶς πολίτης) en relación con las edades en el libro III de la *Política*, el capítulo se propone analizar el estatus de algunas franjas de la sociedad ateniense, en relación con la ciudadanía. En el caso de la mujer, la función dinámica de “aportar ciudadanos” la ha puesto, en términos de Iriarte, en el lugar de “semi-ciudadanía”, en razón de que “participa en cierta manera de la ciudadanía” (p. 16). Asimismo, percibe una pluralidad de matices a partir de la franja etaria denominada “segunda edad”. En cuanto a los niños, la investigadora nota que son definidos por la negativa: νήπιος, “sin habla”, ἄνηβος, “no joven”, lo que los constituye como “no-ser”. La senectud es mirada como una etapa que, pese al deterioro físico, encarna un saber que constituye un capital cultural decisivo en la comunidad. Es de destacar que el capítulo cumple al mismo tiempo la función de Introducción, al presentar los trabajos del volumen colectivo como ejemplos de las propias indagaciones de Iriarte.

El segundo capítulo, “Las edades de la vida: infancia y vejez a través de la iconografía griega”, a cargo de Margarita Moreno Conde, cuenta con imágenes de algunos de los vasos aludidos en el trabajo. Hace

referencia a las representaciones de los extremos de la vida, ambos mostrados como estados de gran fragilidad, que aparecen en la iconografía griega, tanto desde la esfera masculina como desde la femenina. En este sentido, recalca que la distinción entre ambas se da casi desde el nacimiento, aunque es hacia los siete años que el devenir de los niños se escinde del de las niñas, en tanto estas quedan recluidas en el hogar, mientras que los varoncitos son enviados a la escuela. No está ausente de la iconografía la violencia hacia la infancia, representada en mitos como el de Penteo, Medea y otros que releva la autora, tema que se retomará en el capítulo siguiente. Con respecto a la vejez, personificada a través de la figura de Geras, personaje escualido enfrentado a Heracles, la autora señala su asociación con la sabiduría y con la adivinación, cuyo gran exponente es Tiresias.

El tercer capítulo del volumen es “Violência e infância na Grécia antiga: três aspectos de uma problemática”, a cargo de Luísa de Nazaré Ferreira. Encara la cuestión de la violencia, sea cometida por niños, sea ejercida sobre ellos, desde la época arcaica hasta la helenística. En relación con la violencia ejercida por los propios niños, se enfatiza la reducida cantidad de testimonios en este sentido y se alude a la “delincuencia juvenil”, con especial mención de las agresiones de los muchachos hacia sus pedagogos o aun hacia sus padres. Distingue además la violencia sobre los niños ligada a la aniquilación de un heredero que puede poner en peligro la dinastía –como en el caso de los niños expósitos–, de aquella que se ejerce con fines “formativos”. Aunque el recurso al azote es frecuente en las representaciones y los niños se ven expuestos reiteradamente a violencia, la presencia en estas escenas de un tercer personaje que intenta calmar el ánimo del agresor implica un mínimo de sensibilidad ante esta problemática, aun cuando queda clara la legitimación del castigo corporal como método educativo. Se alude a la ausencia de niñas en la iconografía, que lógicamente se condice con

el carácter secundario de la mujer, pero se rescata el papel determinante de la madre en la educación.

El cuarto capítulo, “El hogar campesino para la doncella en *Trabajos y Días* de Hesíodo”, a cargo de Katia Obrist, toma como objeto de análisis la figura de la παρθένος en la citada obra de Hesíodo. A partir de ella la autora percibe el germen de la asociación de lo femenino con lo peligroso, en tanto la doncella debe tener un tránsito controlado a la edad adulta a través del rito matrimonial. Dado que este tránsito implica el traspaso de un οἶκος a otro, se espera que sea regulado. Asimismo, la representación que *Trabajos y Días* muestra de la mujer refuerza la relación entre el interior doméstico y lo femenino. La organización política que se gesta en la época arcaica y que dará lugar a la polis incide en la reorganización del espacio interior. Obrist comprueba el tránsito de la doncella hacia los ambientes interiores del οἶκος, que asegura la pervivencia de la familia individual con una impronta ligada a lo económico, relacionándolo con los cambios en la estructura de la casa que reflejan el desarrollo de una noción de “vida privada” y, a su vez, con la redistribución de espacios en consonancia con los géneros.

En el quinto capítulo del volumen, “Maneras rituales de matar a una doncella: Ifigenia entre las víctimas sacrificiales eurípideas”, Elsa Rodríguez Cidre analiza el sacrificio ritual de Ifigenia en la tragedia *Ifigenia en Áulide*, en relación con su violencia, habitual en la muerte de la mujer en la tragedia, y en paralelo con otra víctima sacrificial del corpus eurípideo: Políxena en *Hécuba*. La autora destaca que el sacrificio humano en Grecia es considerado un antivisor a nivel normativo, por lo que el recurso a la animalización matiza lo antinatural del hecho, aun cuando las doncellas desmienten su carácter animal con el uso del habla y el consentimiento del sacrificio. Rodríguez Cidre encuentra una serie de puntos en contacto entre los sacrificios de ambas vírgenes: entre otros, los espacios liminares en los que se desarrollan los conflictos (Áulide y el Quersoneso tracio), escalas obligadas en el tránsito de la flota griega: agrestes, marginales y transicionales, estos territorios se relacionan con Ártemis, divinidad que habita tales sitios. Esta diosa se articula, asimismo, con el rito matrimonial, en tanto preside, señala Rodríguez Cidre, los ritos de pasaje de la mujer. El sacrificio es relacionado con el matrimonio gracias a la contaminación entre ambos ritos. En ambos se produce derramamiento de sangre y las dos doncellas se “entregan en matrimonio”: Políxena a Aquiles y a Hades e Ifigenia a toda la Hélade. No obstante, la investigadora encuentra dos diferencias reveladoras:

en primer lugar, el origen de ambas, que ressignifica la muerte de cada una de ellas, en tanto Ifigenia es griega y Políxena es troyana, poniéndose así en juego la dicotomía griegos/bárbaros. En segundo lugar, la violencia de cada caso: mientras que el sacrificio de Políxena configura el cierre de una cadena de violencias, el de Ifigenia, al dar paso a la guerra de Troya, se equipara a Helena y abre las “compuertas” a una violencia que alcanza el nivel de una “conflagración”.

En el trabajo “Problemática da prostituição masculina na Atenas clássica”, Nuno Simões Rodrigues delimita, en principio, el término prostitución en el sentido de cualquier acto de naturaleza sexual practicado a cambio de un pago, acotando la definición con los criterios propuestos por McGinn (*Prostitution, Sexuality, and the Law in Ancient Rome*. Oxford, 1998): pago, promiscuidad y desapego emocional. El autor aclara que, teniendo en cuenta el estatuto de la mujer en la Grecia antigua, es probable que la prostitución masculina fuera usufructuada solo por hombres, por lo cual entiende necesario explicitar las características de la homosexualidad, haciendo un recorrido por la crítica clásica sobre el tema. Luego se ocupa de la prostitución propiamente dicha, partiendo de la prostitución femenina, más estudiada y diferenciada entre la ἑταίρα, cortesana, y la πορνή, prostituta en un sentido más degradante, de relaciones ocasionales. La actividad estaba regulada, al menos en el siglo IV a. C., y un texto de Esquines confirmaría que la legislación se extiende también a la prostitución masculina. Del mismo modo, el autor releva una serie de términos inespecíficos relacionados con esta actividad, algunos de los cuales sugieren el uso de cosméticos y depilación para borrar elementos viriles del cuerpo. La prostitución masculina se ejercía, al parecer, a partir de la exhibición en οικήματα, pequeños cubículos donde el “prostituto” aguardaba a sus clientes, comportamiento afín a la πορνή. Sin embargo, a partir del análisis del discurso *Contra Timarco* de Esquines, el autor relaciona el comportamiento del acusado con el de la ἑταίρα, más que con la πορνή, en tanto Timarco tendría amantes más fijos en el tiempo. El testimonio de Lisias (*Contra Simón*) da cuenta, inclusive, de una relación entre dos hombres regulada a través de un contrato. Sin embargo, frente a la práctica de la pederastia, aceptada al menos por una parte de la sociedad ateniense, la prostitución masculina aparece objetada por su actitud pasiva y la venta del propio cuerpo. En caso de que el individuo prostituido fuera un ciudadano era mayor la degradación, en tanto así como vendía su cuerpo podría vender “lo que fuese.”

En el último capítulo, “*Eudaímones*. Dichosos ancianos del Ática”, la Dra. Marta González González se aboca a los epigramas hallados en estelas funerarias

que celebran la longevidad como envidiable y dichosa. La alusión inicial al mito de Titono y a la Sibila de Cumas y su relación con la cigarra permiten a la autora reflexionar sobre la importancia y el predominio de la voz como vehículo de la sensatez. Más adelante, el trabajo presenta material epigráfico procedente del Ática, relacionándolo, en la medida de lo posible, con la estela funeraria a la que pertenece, para observar la representación artística de esa edad avanzada. En estos testimonios, la autora encuentra cierta uniformidad en la idea de que tanto un hombre como una mujer, sin distinciones, solo pueden considerarse *eudáimones* cuando llegaban dichosamente al final de sus vidas. Por el contrario, González señala que en la iconografía es problemático reconocer la imagen de la vejez femenina, mientras que hay rasgos comunes en la representación del anciano: la inclinación, el bastón, la barba. Por último, la autora aborda otras fuentes, esto es, la elegía de las edades de Solón y la comedia de Aristófanes *Lisístrata* (vv. 638-645), con el fin de establecer algún lazo con las consideraciones antiguas acerca de la senectud. González señala que las edades de los varones siguen una dinámica de

“eficacia social”, en tanto se tiene en cuenta el valor cívico del esplendor físico, del apogeo mental y del dominio de la palabra. A cada momento de la vida del varón le corresponde una característica iconográfica. Por el contrario, las edades de las mujeres, cuyo único papel cívico es el de parir ciudadanos, siguen pautas relativas a su evolución como doncellas, esposas y madres. Por esta razón, las edades de la vida de la mujer que se alejan de estas etapas, tales como la infancia y en particular la vejez, también se hacen más invisibles.

Es de notar que el volumen cuenta con referato y que la bibliografía de cada capítulo es no solo profusa sino además actualizada. Un recurso útil para el investigador es la presencia de un *Index Locorum* y un *Index Nominum*, además de presentar ilustraciones. Sin dudas, este volumen colectivo compuesto por investigaciones de distintas disciplinas, que incorpora el estudio de agentes sociales que se hallan en los márgenes de la ciudadanía ateniense, constituye una aportación muy valorable a un renovado campo de estudios de la Antigüedad griega.

